

HISTORIA

DE LA

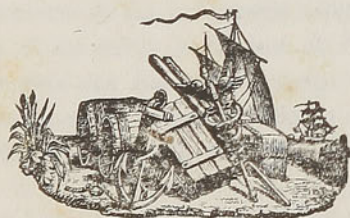
Revolucion Hispano-Americana:

Por D. Mariano Corrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

BOSSUET, *Avant propos à l'Hist. univ.*



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.

CAPITULO XIV.

PERÚ: 1811.

Sublevacion general de las provincias del Alto Perú. Preparativos guerreros del general Goyeneche, i su carácter. Fatal deslumbramiento del caudillo insurgente Castelli. Conducta de las tropas argentinas. Desacatos á la religion. Formacion de cuerpos rebeldes para atacar á las tropas realistas. Comunicaciones del ayuntamiento de Lima con los independientes de Buenos-Aires. Suspension de hostilidades i armisticio. Batalla de Huaqui. Entereza i decision del general realista. Alborotos de La Paz. Conducta ambigua de su gobernador don Domingo Tristan. Ocupacion de la citada ciudad de La Paz por las tropas realistas. Movimientos revolucionarios estallados en Arequipa i sofocados en el acto. Sitio de La Paz por los sediciosos: ventajas obtenidas por estas hordas rabiosas. Energía desplegada por el virei Abascal. Batalla de Sipesipe. Entrada de Goyeneche en Cochabamba, marcada por su comportamiento liberal i benéfico. Expedicion de los coroneles Astete i Lombera en auxilio de La Paz. Hazañas del coronel Benavente en aquel mismo teatro. Derrota del enemigo por estos tres gefes, i alzamiento del sitio. Prosecucion de sus empresas guerreras. Evacuacion de Chuquisaca i Potosí por los insurgentes. Entrada de Goyeneche en este último punto. Acantonamiento de tropas en Tupiza. Nueva sublevacion de Cochabamba i de otros puntos interiores. Disposiciones de los gefes realistas para sofocar aquel fuego. Carácter de severidad desplegado por los mismos. Campaña penosa para las tropas del

Rei. Insurreccion en la provincia de Chuquisaca. Ventajas obtenidas por los independientes. Salida de Tupiza de una columna realista contra las tropas de Buenos-Aires. Movimientos estratégicos de ambos ejércitos.

Principió el año 1811 con la conmocion general de todas las provincias del Alto Perú, habiéndose debido retirar las reliquias del ejército del Rei al Desaguadero, punto limítrofe del vireinato de Lima. Ya desde el octubre anterior se habia situado el general Goyeneche en uno de los parages mas destemplados de la provincia de Puno á orillas de la célebre laguna de Titicaca ó Chuquito, reconociendo que aquel sitio sería el mas á propósito para crear un respetable ejército que contuviera el torrente furioso de la insurreccion. Aunque habia dejado á su espalda la provincia del Cuzco, de la que habia sido nombrado presidente, habia sabido escitar sin embargo un entusiasmo tan puro en sus habitantes, que todos á porfia venian espontáneamente á alistarse bajo sus banderas, i á ofrecerle cuantos auxilios podia necesitar para llevar adelante su atrevida empresa. Los talentos políticos desplegados por el bizarro Goyeneche en esta ocasion, esceden á todo elogio. Conociendo la importancia de aquel pais, sus grandes riquezas, la influencia de la nobleza, su numerosa poblacion, la estension de su territorio, su favorable situacion i el noble orgullo que le infundia su antiguo carácter de capital del reino, se esmeró en comprometerla por la causa del Rei, i lo logró con tan brillante resultado que superó los cálculos de la prevision, i dejó atónito al mismo virei Abascal, cuya suerte, asi como la de todo su vireinato, estaba pendiente del mayor ó menor acierto de las operaciones de dicho gefe.

Su porte afable, sus modales finos é insinuantes, su penetracion sutil, su conocimiento práctico del genio i carácter de sus paisanos, su flexibilidad i condescendencia en aquellos defectos que no arguyesen una malicia de corazon, su tino é inteligencia en halagar el amor propio del pueblo i su gloria nacional, su sagacidad en escitar una noble emulacion i

competencia contra los pomposos triunfos tan decantados por las tropas auxiliares de Buenos-Aires, su amor i fidelidad al Rei, de cuyas sublimes ideas supo impregnar el ánimo de aquellas gentes, habiendo tenido la felicidad de penetrarlas con su espresiva elocuencia i profundo raciocinio, «de que no podian ser felices si se dejaban dominar de la influencia estrangera;» i finalmente su maestría en dirigir las voluntades, eran las mejores garantías en tan apuradas circunstancias para mantener aquellas provincias bajo la obediencia i sumision, á fin de que renaciera de ellas el genio de la victoria, que borrara la afrenta de las horcas Caudinas ó el deshonor de las legiones de Vario.

Fijo siempre éste infatigable i celoso americano en su grandioso proyecto, de que una parte de la misma América destruyese los criminales planes de independenciam levantados por la otra, trató de dar un público testimonio al mundo, de que si en aquel nuevo continente se abrigan seres desorganizadores é infieles á la madre comun, á la que debian todo en el orden físico i moral, los habia asimismo dignos vástagos de los Pizarros, que justificando la noble sangre que corria por sus venas, estaban prontos á sellar con el sacrificio de sus vidas su fidelidad i amor al Trono español, i su constancia en sostener el legítimo imperio, fundado por la razon, por la justicia, por la religion i por la conveniencia.

Manejando el general Goyeneche con destreza estos brillantes resortes, supo identificar con su causa á toda la nobleza peruana, al respetable clero, á los hacendados, negociantes, i finalmente á todas las clases del pueblo. La base del ejército que principió á formar, se componia de solos 200 hombres que habia hallado en la guarnicion del Cuzco: debe asombrar por lo tanto como á los seis meses hubiera podido reunir 80, que por su disciplina, instruccion, bizarría, entusiasmo i arrojo podian ser propuestos como modelos de imitacion. El virei Abascal le envió cuantos auxilios estaban á su alcance, i en particular todo el armamento que necesitó. Lo

demas se debió al celo i actividad de dicho gefe, á quien el mismo virrei habia subdelegado las mas amplias facultades.

Para comprometer con mas firmeza i seguridad á los nobles del pais, confirió á los que mas se distinguian por su talento i virtudes el mando de los cuerpos; i aunque la mayor parte de estos, i en particular los soldados nunca hubiesen oido el silvido de las balas, se hallaron mui pronto en estado de desafiarse todo el poder revolucionario. En el arte difícil de amaestrar para la guerra á hombres tan rudos que ni aun sabian el idioma castellano, fue segundado poderosamente el general Goyeneche por el entonces coronel don Juan Ramirez, i por el mayor general don Pio Tristan.

Mientras que Goyeneche estaba desplegando los últimos recursos de su ingenio i decision para formar el ejército, que habia de ser mui pronto el esterminio de los rebeldes, se hallaban estos adormecidos en el ocio i en la voluptuosidad. El soberbio representante Castelli, deslumbrado con la adoracion que le prestaban los pueblos sometidos, llegó á perder aquella energía revolucionaria que habia desplegado al principio. Las dulzuras de Potosí, i en particular las de Chuquisaca, lo habian enervado: la no interrumpida lisonja i el resonar de continuo en sus oidos las frases mas estravagantes de servil adulacion lo habian endiosado: los grandes banquetes i convites servidos por ninfas impúdicas lo habian acostumbrado á entregarse á las locuras de Baco i á los hechizos de Venus. En esta nueva Capua quedó sepultado el ardor revolucionario. Todas sus disposiciones guerreras desde este punto se limitaron á intimar al ejército del Rei, que no franquease la línea que divide los dos vireinatos.

Al ver Castelli el entusiasmo que todas las poblaciones del Alto Perú habian mostrado por la causa de la independencia, se figuró que sin apelar á las armas i sin necesidad de abandonar sus deliciosos campos eliseos de Chuquisaca, cundiria el fuego de la insurreccion por medio de sus numerosos agentes, reventaria el volcan que estos estaban soplando

en el virreinato de Lima, quedaria cortado i destruido el débil ejército de Goyeneche, i todo el pais sacudiria á un tiempo la dependencia de la Metrópoli.

Estos eran los planes del referido representante de la junta de Buenos-Aires, á quien se habian confiado todas las facultades soberanas. Los proyectos de dicha junta, aunque dictados por otro espíritu, convenian en el objeto, que era de no llegar á las manos con el ejército de Goyeneche. Alarmada por el gran influjo que habia adquirido Castelli en Chuquisaca, cuyo solio le habian llegado á ofrecer sus viles aduladores, temia los resultados de la accion general que se empenase con el referido ejército real. Si eran favorables, recelaba de que el envanecido Castelli realizase sus ambiciosos proyectos; i si contrarios, veia sumamente comprometida la suerte de sus tropas que se habian alejado á tan inmensas distancias, i cuyos descalabros no era fácil remediar. Partiendo de estos principios inculcó repetidas veces al comandante general Balcarce anduviera mui detenido en sus operaciones, poniendo mas bien en actividad los resortes de la intriga que los recursos de las armas.

Esto es precisamente lo que necesitaba el benemérito Goyeneche. Si el insurgente Castelli le hubiera atacado en los primeros momentos del terror que habia infundido con sus victorias de Suipacha, tropelías de Potosí, i entrada en Chuquisaca, parece indudable que todo el heroismo de las tropas realistas, replegadas al Desaguadero, se habria estrellado contra los irresistibles esfuerzos de un ejército orgulloso con sus laureles, i con el pronunciamiento general de la opinion por su misma causa; pero habiendo desaprovechado los preciosos elementos que obraban á su favor, era de esperar que saliese un nuevo Fabio que con sus acertadas maniobras, infatigable celo, i consumada prudencia, fuese el azote del Anibal americano.

Antes de principiar la relacion de la campaña del general Goyeneche, pasaremos en revista la conducta de las tropas argentinas espedicionarias. El grande ardor que estas ha-

bían sabido escitar con sus promesas de despedazar las su-
puestas cadenas con que el gobierno del Rei tenia aberroja-
dos aquellos pueblos, se iba resfriando á medida que estos
observaban prácticamente las mayores tropelías cometidas por
los pretendidos libertadores. Uno de los escollos en que tro-
pezaron los ausiliares, i que les enagenó una gran parte de la
poblacion, fueron los golpes dados con el mayor descaro é
impudencia á las prácticas religiosas que, á pesar de la relaja-
cion del pais, no dejaban de ser tenidas en la mayor vene-
racion.

Los gefes argentinos hacian alarde de su impiedad, dando
pruebas repetidas del espíritu de fatalismo é incredulidad que
los dominaba. Fueron infinitos los desacatos que se hicieron
contra los signos de nuestra santa religion; i en sus palabras
i acciones no se veia mas que un ardiente deseo de comuni-
car al devoto pueblo peruano sus erróneas doctrinas. Permi-
tió el Ser Supremo la profanacion de su culto i la perpetra-
cion de infinitos desafueros con la mira ostensible de probar
la fortaleza de espíritu de estos pueblos; pero tamaños ul-
trages no quedaron impunes: á los pocos meses mordian el
polvo casi todos aquellos genios devastadores.

El mismo Castelli, cuya vida fue conservada mas tiempo
para que fueran mas conocidos sus delitos, llegó á perderla
de un modo tan trágico i lamentable que debió aterrar á to-
dos los que se habian dejado llevar de la perversidad de sus
ideas. Aquella misma lengua, que tantas blasfemias habia
pronunciado, i que tantos daños habia causado á la verdade-
ra creencia, fue la que acarreó la disolucion de su cuerpo:
quemada levemente su punta por la estremidad de un cigarro
que aplicó inadvertidamente á la boca por la parte encendida,
empezó á gangrenarse presentando los síntomas mas alarman-
tes. Deseosos los amigos de aquel monstruo de salvarle la vi-
da á todo trance, se determinaron á hacerle la amputacion
como único i estremado remedio; pero habia de cumplirse el
decreto divino: aquel desesperado experimento tan solo sirvió
para agravar los dolores i agonías del paciente, quien espiró

con todas las muestras de un hombre poseído por las furias infernales.

Empero volvamos á nuestro objeto del que nos ha separado el deseo de pintar con sus propios colores á los principales corifeos de la revolucion americana, para que el público juzgue si una causa principiada bajo tan execrables auspicios puede tener un resultado favorable de sólida consistencia i de verdadera felicidad.

Aunque parece que por un convenio tácito se habian suspendido las hostilidades, no dejaba Castelli de ocuparse en reforzar su ejército, organizando en el cuartel general de Laja numerosos cuerpos, entre los que se contaban de la sola provincia de Cochabamba 5 ó 60 caballos. Se iba apoderando al mismo tiempo de los puntos principales de la línea de ambos vireinatos; habia tomado ya el estrecho de Ticiuina i los altos de Larecaja i Omasuyos, que confinan con la provincia de Puno por la parte del Este; se habia hecho dueño asimismo de los pasos del rio del Desaguadero, cerca de los pueblos de Jesus i San Andres de Machaca, i aun se extendian sus partidas hasta las faldas de la cordillera de la costa, con cuyos pueblos i por su conducto estaba en comunicacion con Arequipa, en cuya capital mas que en ningun otro pueblo del vireinato de Lima se hacia sentir la fermentacion de las nuevas ideas.

En el entretanto el acantonamiento de Cepita se asemejaba á las fraguas de Vulcano, en las que los cíclopes americanos forjaban los rayos con los que su numen tutelar habia de exterminar á los impíos. Todo era accion i vigor en aquel acantonamiento; á todas horas se oian resonar las voces marciales para comunicar la disciplina é instruccion; por todas partes se veian grupos de tropas i cuerpos enteros haciendo evoluciones militares i simulacros de batallas. Era grande la competencia que el gefe habia sabido introducir en las tres armas; i difícil de resolver cual de ellas desempeñaba con mas acierto é inteligencia sus maniobras. El número de los individuos que las manejaban pasaba de 80: el tren se com-

ponía de 20 piezas de á cuatro, 8 de ellas volantes con sobrados repuestos de municiones.

Increíble parece que en tan corto tiempo hubiera podido organizarse un ejército tan brillante: se componía en su mayor parte de cuzqueños i de algunos habitantes de Arequipa i Puno. A falta de cuarteles estaban acampados en tiendas de campaña sobre un terreno húmedo i en la estacion rigurosa de las lluvias i tormentas; pero á pesar de estas desventajas no hubo enfermedades en aquel ejército, ni faltaron víveres, ni escasearon los forrajes.

La vanguardia fuerte de 12 hombres, al mando del coronel Picoaga, estaba situada en el Desaguadero, á dos leguas de Cepita, apoyada en cuatro piezas de cañon para la defensa del puente. En el camino de la Paz se habia plantado una batería con una gran guardia que descubria toda la avenida de Huaqui. Otra avanzada cubria el costado derecho de esta posicion en el cerro de San Andres, desde donde observaba los campos de Machaca. El cuartel general, que se hallaba en Cepita, tenia su frente defendido por la Laguna, i su izquierda por la península de Copacabana, que hace el estrecho de Ticiuina, el cual era guardado por el escuadron de dragones de Chumbivilcas que ocupaba el pueblo de Yunguyo.

Hallábase ya el ejército del Rei en estado de operar ofensivamente, cuando receloso el ayuntamiento de Lima de los resultados de la lucha que iba á emprenderse, se dirigió á la junta de Buenos-Airés, comunicando el aspecto favorable que habian tomado los negocios públicos, i la lisonjera perspectiva de su pronto arreglo, segun avisos de los diputados americanos en las córtes españolas, acompañando copia de las once célebres proposiciones que aquellos habian hecho al congreso en 16 de diciembre del año anterior. Invitaba con este motivo al representante Castelli á suspender las hostilidades hasta que se hubiesen probado los medios de zanjar aquellas diferencias.

Estas negociaciones fueron tomando bastante peso; se llegó á fijar en 16 de mayo un armisticio de cuarenta dias, que

firmó en Laja el coronel don Mariano Campero por parte del general Goyeneche. Dicho armisticio , ratificado por ambas partes , fue remitido al virei inmediatamente con la contestacion de Castelli al ayuntamiento, en la que faltando á los términos de la urbanidad i decoro debidos á aquel cuerpo, le amenazaba con un tono imperioso sino se sometia á su partido sacudiendo la dependencia de los gobernantes realistas.

Estas impolíticas amenazas sirvieron para aumentar la vigilancia del virei i la energía i decision del pacífico i honrado pueblo limeño. Independientemente de los sacrificios para sostener la autoridad del Rei contra los rebeldes de Quito, Chile i Buenos-Aires , estaba ausiliando i manteniendo una gran parte del ejército del Desaguadero; i para dar el celoso é infatigable Abascal mayores garantías á su causa, habia dedicado su mayor atencion á fomentar en Lima el ramo de artillería, cuyos adelantamientos, i aun puede decirse creacion, se debió esclusivamente al brillante esmero de don Joaquin de la Pezuela, entonces brigadier de dicha arma. Al mismo tiempo creó el virei Abascal el regimiento de la Concordia española del Perú, incorporando en él los principales sugetos de la poblacion, para que repartidos con igualdad los grados entre patricios i europeos, se formase una noble rivalidad de sacrificarse todos ante las aras de la monarquía española.

Al firmar Castelli el armisticio no se habia propuesto mas objeto que el de ganar tiempo para terminar sus preparativos guerreros i dar un golpe de sorpresa al ejército realista; i como llegasen á este tiempo los papeles públicos de Buenos-Aires que presentaban ya la España atada al carro del vencedor de Europa, pasó Castelli á declarar la libertad americana en Tiaguanaco á nombre de la soberana junta, con todas las solemnes ceremonias de posesion formal, realizando este acto sobre las ruinas i antiguos cimientos de una de las casas que se asegura haber sido de los Incas. Dispensó gracias i privilegios de igualdad aun á la casta de mulatos, habilitando estas familias para la obtencion de todo empleo honorífico; i á fin de entusiasmar á los indios en su causa, á la vista de algu-

nos residuos, que todavía se conservaban de sus antiguos edificios, les hizo una alocucion tan incendiaria como la del divino Demóstenes al escitar los atenienses á la guerra contra Filipo. Todo pues anunciaba que Castelli estaba mui distante de entrar en términos de acomodamiento con las tropas del Rei. Los libramientos que daba aquel revolucionario para pagar los atrasos á fines de junio en Puno, i las promesas de conferir bien pronto los empleos que dejasen vacantes los realistas, manifestaban claramente el desprecio que hacia del armisticio firmado.

Con estas noticias vió Goyeneche la necesidad de prepararse al ataque, ó de adelantarse á él para asegurar mejor el éxito. Estaban distribuidas las fuerzas de los enemigos desde Huaqui á Jesus de Machaca en disposicion de auxiliarse con facilidad entre los tres puntos que ocupaban. La imponente caballería cochabambina con algunos cañones al mando de Rivero estaba en Machaca, habiendo construido un puente sobre el rio que divide ambos vireinatos para poder atacar al ejército real por su derecha. En la quebrada de Caza al frente del ejército, del que distaba cuatro leguas, i que formaba un punto intermedio entre Machaca i Huaqui, habian situado los insurgentes un gran campamento á las órdenes de los caudillos Viamont i Diaz Velez; i en Huaqui se hallaba Castelli i Balcarce con el cuartel general, gran parque, almacesnes, i hospitales. Bien instruido el general Goyeneche de que el enemigo pensaba sorprenderle el dia 21 de junio, reunió el 20 por la noche una junta de guerra á fin de anticipar el rompimiento de las hostilidades.

Digna es de honorífica mencion la gloria adquirida por el general en jefe en aquella junta. Despues de haber probado en ella la seguridad que tenia de que el enemigo iba á echársele encima inesperadamente, i de la mayor conveniencia en salirle al encuentro para desbaratar sus planes, halló alguna contrariedad en la mayor parte de sus gefes, no por temor ó cobardía, sino porque creian mas acertado esperar al enemigo en sus posiciones. Lleno el general de aquel fuego

eléctrico que comunica una viva accion á todos sus movimientos, i arrebatado de su mismo celo al ver que no era segundado con una pronta aquiescencia aquel plan, que aunque atrevido, era el único que podia ofrecer alguna garantía, de que un ejército de 80 hombres, cual era el suyo, pudiera triunfar de 180 combatientes de que se componia el adversario, supliendo con la celeridad de sus movimientos i con lo acertado de sus maniobras la diferencia numérica que existia entre ambos; observando finalmente que su afable elocuencia militar no hacia impresion alguna en los ánimos de dichos gefes, se levantó furiosamente de su silla i apostrofándolos con términos picantes, aunque no injuriosos, concluyó por decirles con tono firme i asegurado.

« Es posible que den ustedes este pago á su general, que les ha colmado de honores i distinciones, que se ha desvivido por proporcionarles toda clase de consideracion é importancia, i que se ha anticipado á remediar aun aquellas urgencias que procedian del extravío? ¿Quién hai entre ustedes que no haya experimentado los efectos de mi celo? i ahora que los necesito ¿hallo amortiguado aquel ardor bélico de que hacian vana ostentacion cuando estaban distantes del peligro? ¿Cuando el enemigo nos amenaza con sus abrasadores rayos, veo convertido en tibieza i desconfianza aquel noble espíritu de decision i arrojo que yo me he esmerado en formar? Tantas promesas de sacrificarse todos por defender la vida de su general, que está identificada con la causa del Rei; se desvanecen tan miserablemente en el momento en que yo apelo con mayor empeño al esfuerzo de sus brazos para dar un dia de gloria á las armas de Castilla, honrando sus sienes de preciosos laureles, de que se han hecho indignos con solo vacilar en lanzarse con ardor á tan gloriosa lucha? Pero á bien que no necesito de gefes tan poco decididos: corro á confiar el mando de los cuerpos á los capitanes mas antiguos; yo sabré entusiasmarlos con mi decision i ejemplo; ellos se harán dignos del rango á que voi á elevarlos; ellos me seguirán arrostrando impávidamente la muerte, i cuan-

»do vuelvan cargados de trofeos, verán ustedes en cada uno
»de ellos un testimonio vivo de esa falta que han de llorar
»amargamente.»

La irresistible fuerza de este discurso se comunicó simultáneamente i con tanta rapidez al pecho de los gefes realistas, que arrebatados todos de amor i entusiasmo, corrieron á abrazar á su general prorrumpiendo en las espresiones mas enérgicas de ternura, i protestando su firme decision i ardientes deseos de arrostrar los mayores peligros á las órdenes de un guerrero tan esforzado, que encadenaba las voluntades con su mágico poder. Tal era la exaltacion de dicho general que parecia que un genio sobrenatural dirigia sus acentos. Los efectos que produjo fueron tan prodigiosos que se escitó al último grado el entusiasmo i empeño de todos los comandantes para desvanecer con su heroica conducta cualesquiera siniestra impresion que hubiera podido producir su primera repugnancia á la ejecucion de aquella atrevida empresa.

Ocupóse el resto de aquella noche en la formacion del plan de batalla i en prepararse para el combate. Al romper el dia estaban ya todas las tropas sobre las armas i en el estado mas brillante de arrojarse al enemigo. Dejando Goyeneche 20 soldados al mando del coronel Lombera á la derecha del rio para contener á los cochabambinos i cubrir la retaguardia, emprendió la marcha con 60 contra un formidable ejército, que esperaba con su inmensa superioridad numérica compensar la ventaja que le llevaba el del Rei en su mejor disciplina i arreglo. Al cruzar Goyeneche el Rubicón se vió su ánimo agitado por las mismas fantasmas que despedazaron el del antiguo dictador romano: «Si se pierde esta accion, decia entre sí el general realista, oscurezco la gloria de mi patria, espongo estos paises á la desolacion i esterminio del vencedor; éste se cebará en mi sangre i en la de todos mis amigos i parientes; la España perderá para siempre tan ricos dominios, serán talados sus campos, yacerán insepultos millares de víctimas de la fidelidad i de la constancia, i se sentará sobre sus ruinas el trono de la impiedad i de la

PLANO de la Batalla de HUAQUI.

Señales para todos los planos

- Infantería del Ejército Real.
- Idem del Ejército Insurgente.
- Caballería del Ejército Real.
- Idem del Ejército Insurgente.
- Tropas Reales en marcha.
- Tropas Insurgentes en marcha.



»devastacion. ¡Infeliz patria! Tu salvacion ó tu eterna ruina
»va á firmarse dentro de pocos instantes; mis fuerzas desfa-
»llecen i mi ánimo decae al solo pensar en la posibilidad de
»que el Dios de los ejércitos me abandone en este crítico mo-
»mento, i permita por sus incomprensibles juicios que des-
»aparezcan de estas regiones la paz i la felicidad.»

Terminado este soliloquio, hizo el último esfuerzo para que su ejército no echase de ver su agitacion é impaciencia. Revistiéndose de una firme serenidad, capaz de inspirar confianza aun al ánimo mas abatido é irresoluto, empieza á dar las órdenes con el mayor acierto, infundiendo con ellas nuevo ardor en el pecho de sus subalternos. El segundo en el mando, don Juan Ramirez, tomó la direccion de Jesus de Machaca con los cuerpos Paruro, Paucartambo, Abancai, escuadron de caballería de Arequipa i cuatro piezas de artillería. El general en gefe tomó la izquierda de la quebrada de Caza á fin de posesionarse de los llanos del Azafranal, teniendo á sus órdenes inmediatas los batallones de Cuzco, Puno, Real de Lima, un escuadron de la caballería de Tinta, los dragones de su escolta, la compañía de gastadores i otras cuatro piezas. El centro era mandado por don Pio Tristan con dos batallones.

Al desplegar el enemigo sus fuerzas no habia punto en el campo que no estuviese bien cubierto i reforzado. Serian las nueve de la mañana cuando el coronel Ramirez descubrió á los insurgentes flanqueados por la cabeza saliente del cerro blanco; á pesar de su posicion desventajosa, se empeñó en la accion, i sostuvo con impavidez el vivo fuego de fusil i de artillería de aquella division que trataba de abrirse paso por la referida quebrada de Caza. Sobre el camino de Jesus de Machaca se habia roto tambien un fuego vivísimo dirijiendo los insurgentes todos sus conatos á ganar el puente viejo que con el mayor teson era defendido por los realistas.

La accion se habia hecho general á las diez de la mañana. Ardia el campo en todas direcciones. Una densa nube de humo ocultaba ambos ejércitos; todos peleaban sin verse i sin

saber cual sería el resultado de aquella sangrienta batalla. La caballería realista habia empezado á desordenarse cuando una sensible i elocuentísima reconvencion del gefe la hizo volver á sus posiciones, formando desde entonces una columna de bronce en la que se estrellaban todos los esfuerzos contrarios. Se disputó el terreno con el mayor encarnizamiento. Acosado el general Ramirez por fuerzas mui superiores hacia heroicos esfuerzos para sostenerse.

Ya á este tiempo se habia empeñado Goyeneche en el camino de Huaqui, en el que le esperaban los enemigos protegidos por una buena posicion, sobre la que habian colocado su artillería: habiéndose adelantado hasta medio tiro de fusil, i observado que los fuegos contrarios llevaban una direccion mui elevada, permaneció dos horas en aquel descubierto para ver si podia forzar las trincheras enemigas; mas fueron inútiles sus esfuerzos hasta que el mayor general Tristan tomó las alturas que flanqueaban al enemigo, i lo atacó desesperadamente al mismo tiempo que tres compañías sueltas de la division principal avanzaban por el centro, i que el general en gefe con el resto de la tropa en columna entraba por la lengua de tierra de la izquierda. La caballería de los insurgentes salió á dar varias cargas; pero fue siempre arrollada. Viendo ya Balcarce la disputada posicion en poder de Tristan, i á la columna de Goyeneche, que formando un muro impenetrable iba á atacarle de frente, abandonó aquel punto con el mayor desorden, i fue perseguido hasta Huaqui, en cuyo pueblo entraron triunfantes las tropas del Rei.

Ramirez por su parte se cubrió de gloria en los vigorosos ataques que sostuvo contra Viamont i Diaz Velez, á los que puso en desordenada fuga, tomándoles dos obuses, dos culebrinas, cuatro piezas de campaña i todas sus tiendas i campamento.

Cayó en poder de las tropas realistas en esta ilustre jornada todo el cuartel general de Castelli, su artillería, 280 cajones de pertrechos, un armamento inmenso, sus hospitales, 250 prisioneros, numerosos acopios de víveres; i final-

mente cuanto poseía aquel ejército orgulloso, que dejando el campo regado de fusiles i cadáveres, huía precipitadamente sembrando el terror i el asombro por todas partes.

Un triunfo tan brillante, conseguido sobre un ejército tres veces mayor en número, con pérdida mui corta de las tropas del Rei, fue recibido en todos los pueblos del vireinato de Lima con los mayores trasportes de alegría i placer. El repique general de campanas, los divinos cánticos entonados simultáneamente en todos los templos, las fiestas públicas celebradas para solemnizar tan fausto acontecimiento, las medallas acuñadas en honor del vencedor de Huaqui, i el noble título que sucesivamente se le concedió de conde de aquel punto, son otros tantos testimonios de la importancia de la batalla.

Esta fue con efecto decisiva. El Perú se hallaba al borde del precipicio: Goyeneche lo salvó. Se reanimó el espíritu abatido de los realistas, i se aterraron los orgullosos revolucionarios. La inconstante fortuna, que les habia sido propicia hasta entonces, trocó en esquivéz su misma prodigalidad. Desde este momento quedó asegurada la opinion militar del señor Goyeneche, i la revolucion fue ocultando su cabeza en sus mismos descabros. Increible parece que una accion tan brillante como la de Huaqui, hubiera sido comprada con tan poca sangre: este favorable resultado se debió esencialmente á la impericia del enemigo en dirigir sus fuegos; i su horrorosa mortandad al mejor tino i mayor serenidad de las tropas del Rei.

Las cuadrillas de dispersos comenzaron á entrar en La Paz desde el amanecer del dia 21, comunicando á los rebeldes el desaliento i la desesperacion. Fuese porque el miedo les hubiera hecho engrandecer los peligros, ó porque entraba en el plan de los revolucionarios desacreditar al general en jefe realista, era este pintado con los colores mas horribles, i designado como un tigre sediento de sangre que no se saciaba sino vertiendo la de todas aquellas poblaciones que habian tomado parte en la insurreccion. El gobernador don Domingo

Tristan, que habia sido conservado en el mando por las tropas de Buenos-Aires, dispuso evacuar la ciudad con los caudales públicos; la mayor parte del vecindario se preparaba asimismo á abandonar sus hogares; todo era confusion i desorden; la indómita plebe, que tanto abunda en aquella ciudad, los indios de sus subúrbios, i algunos dispersos de los mas desalmados se desenfrenaron á la sombra de la anarquía; i capitaneados por algunos indios mestizos, se derramaron por las calles furiosamente en busca de europeos con el objeto de sacrificarlos á su saña i venganza.

De los cuatro colegas que tenia Tristan en la junta de gobierno, solo habian quedado en sus casas el marques de San Felipe i el doctor don José Landáberi, ambos sugetos de probidad i mas adictos á la causa del Rei que á la junta, en la que si habian entrado como vocales habia sido con el laudable fin de templar la violencia de sus medidas, i de ser los protectores de los perseguidos europeos.

Continuando ambos en el desempeño de sus funciones aun enmedio de la confusion i desorden que se habia introducido desde la derrota de Huaqui, determinaron no alejarse un instante de las casas consistoriales, en donde la desenfrenada plebe iba depositando á los afligidos realistas. Temiendo el marques de San Felipe la suerte fatal que les esperaba, les facilitó la fuga, pasando por el interior del edificio al contiguo templo de la catedral. Echando de menos los conjurados sus víctimas, se arrojaron como tigres contra este generoso protector, i le dieron una muerte bárbara é inhumana. Igual habria sido la suerte del honrado Landáberi, si la facilidad de esplicarse en el idioma indio, i su particular conocimiento con los principales cabecillas no hubieran ablandado su irritacion.

La llegada del caudillo Rivero con 500 cochabambinos, i la de algunos oficiales de Buenos-Aires, contribuyó poderosamente á enfrenar aquel rabioso populacho, si bien fue preciso hacer todavia algun sacrificio para contentarlo. El gobernador Tristan, que habia abandonado la ciudad i se hallaba á doce leguas de distancia, recibió una garantía por su desleal

conducta anterior, con la seguridad de continuar en el mando de la misma, á la que regresó á tiempo que Rivero la estaba evacuando á causa de las noticias de haber salido ya del Desaguadero con direccion á ella la primera division del ejército de Goyeneche.

Para destruir este general el injurioso concepto que se habia formado de él á instigacion de los malvados, que veian en aquel ilustre magistrado un dique impenetrable á sus locas pretensiones, publicó un manifiesto lleno de las ideas mas sublimes i generosas, que por la importancia de sus fines i brillantez de sus conceptos, nos ha parecido oportuno insertar en este lugar. «Soy americano, de alma sensible, apasionado » con ternura á mis paisanos, tan benigno despues de haber » vencido como terrible al acometer á mis enemigos. He llorado sin consuelo los peligros de la patria i la suerte funesta » de sus pueblos esclavizados por el engaño i por la fuerza. » En la mano derecha llevo empuñada la espada vengadora » de la justicia para esterminar á los protervos, i en la izquierda enarbolado el ramo pacífico del olivo para perdonar á » los desgraciados, á los débiles, i á los alucinados por falsas » opiniones.»

A pesar de los execrables manejos de los revolucionarios para conservar el horrible fuego de la sedicion en las provincias del Alto Perú, iban estas cediendo á la impotencia de sus esfuerzos, i aun mas al desengaño fatal, de que no era posible hallar la felicidad por la via del crimen.

La Paz habia sido la primera en enviar diputados para solicitar la clemencia del vencedor, quien concediendo á aquellos indómitos habitantes mayores gracias de las que podian esperar, hizo su entrada en ella con 1500 granaderos en 8 de julio; i despues de haber arreglado la administracion pública, le dejó una competente guarnicion i continuó su marcha sobre Oruro i Cochabamba.

En medio de las victorias que ganaba el general Goyeneche con su espada, con su pluma i con su espresiva elocuencia i sagaz política, supo el movimiento revolucionario

que habia estallado en Arequipa su patria por seducción de varios agentes, que habian introducido en aquella ciudad los rebeldes de Buenos-Aires; pero su corazon no pudo estar angustiado mucho tiempo por tan inesperada noticia, pues que apenas llegó el conde de Casa Real é informó á los habitantes de aquella ciudad de los inmarcesibles laureles con que habia ceñido su frente en Huaqui uno de sus mas ilustres hijos, el aparente i venal entusiasmo por la junta i libertad, fue convertido en cordiales vivas al Monarca español i al dicho general Goyeneche.

No bien habia trascurrido un mes desde la derrota de Huaqui, cuando algunos de los mismos caudillos pudieron reunir parte de las reliquias de su ejército; i sublevando la Indiada, procedieron á sitiar la espresada ciudad de La Paz en el mes de agosto. El versátil don Domingo Tristan, que en esta ocasion obraba con sinceridad en favor de la causa del Rei, se apresuró á dar parte de aquel alarmante suceso tanto al general en jefe Goyeneche, como al comandante del Desaguadero don Pedro Benavente; i sabiendo que estaban tambien alzados los pueblos de Calamarca, Hayohayo, Sicasica i demas de la carrera de Cochabamba, despachó orden al marques de Cochan, que habia salido con 160 fusileros á incorporarse con el ejército, para que se replegase á La Paz, en donde serian mas útiles sus servicios. A pesar de las vigorosas medidas para poner aquella ciudad en estado de defensa, cortaron mui pronto los rebeldes su comunicacion, haciéndose dueños de todos los caminos de correspondencia. Soldados i habitantes rivalizaban en esfuerzo i decision para salvar aquella ciudad del brazo devastador de las furiosas masas.

Algunos de los pazeños creian sin embargo que limitando los enemigos su encono ácia los partidarios del Rei, serian respetados por los indios los que no participasen de aquellas ideas; i por esta falsa creencia se enfriaron en sostener una causa, de cuya pérdida creian no podria resultarles el menor daño. Prevaleciendo entre ellos esta fatal opinion, se resolvieron dos habitantes del partido de Larecaja á retirarse á

sus casas con salvo conducto de los comandantes indios; pero; cuál fue la sorpresa de la poblacion cuando á mui poco tiempo de su salida vieron clavadas sus cabezas en los pilares situados en los altos de aquellas inmediaciones! Cesó desde entonces aquella funesta confianza que habia puesto la ciudad de La Paz á la orilla del precipicio; i lo que acabó de comprometer á todos indistintamente por rechazar los impetuosos ataques de los rebeldes, fue la noticia de haber sido sacrificados inhumanamente en el pueblo de Sicasica otros varios sugetos naturales de aquella ciudad, á pesar de ser conocidos por los indios, de hablarles en su misma lengua, de haber pertenecido á las tropas de Buenos-Aires, i de haber sido los muelles de aquella conmocion.

Este violento i mal calculado proceder de los indios salvó dicha ciudad de los horrores que la amenazaban: todos pues juraron sacrificarse en su defensa; hasta la misma chusma provista de lanzas i de algunas armas de fuego auxiliaban la tropa veterana, i á los cuerpos voluntarios en las salidas frecuentes que hacian contra el enemigo. Eran ya los últimos de agosto, i la ciudad se hallaba en el mayor apuro desde que aquellas hordas sublevadas habian destrozado un destacamento de las tropas del Rei en el estrecho de Ticuina, apoderándose de todos sus fusiles i de cuatro piezas, con las cuales habian comenzado á batir aquella desgraciada poblacion.

El general Goyeneche tenia demasiado empeñada su atencion contra las tropas de Rivero i Diaz Velez, que le esperaban cerca de Cochabamba, para que pudiera acudir al socorro de La Paz. El coronel don Pedro Benavente, bizarro oficial que habia acreditado su valor desde la revolucion general de 1780, sin embargo de tener que cubrir los importantes puntos del Desaguadero, para lo que apenas bastaba la tropa que tenia á sus órdenes, se resolvió de acuerdo con el gobernador de la provincia de Puno á destacar una pequeña division en auxilio de los sitiados. Noticioso al mismo tiempo el infatigable virei Abascal del alarmante estado de los negocios por aquella parte, enmedio de los inmensos cuidados que le

rodeaban, desplegó la mayor energía para que el brigadier indio don Mateo Pumacagua, cacique del pueblo de Chincheros, juntamente con el de Asángaro i Asillo en la de Puno don Manuel Choquehuanca, levantasen de cuatro á cinco mil indios, que apoyados por algunos fusileros i piezas de campaña, pacificasen á todos los de su casta.

Mientras que se tomaban estas activas providencias que indicaban el terrible estado de agonía en que se hallaba la ciudad de La Paz, i el desorden i confusion que reinaba en aquella provincia, se iba preparando el esforzado Goyeneche para dar la batalla de Sipesipe, que habia de dar nuevo realce á la gloria de Huaqui. Antes de proceder á ella habia agotado el gefe realista todos los medios de la prudencia i del exhorto para hacer deponer las armas á los despechados revolucionarios. Sus arrogantes respuestas á las negociaciones entabladas para ahorrir la efusion de sangre, i que por aquellos delirantes genios eran interpretadas como signos de flojedad i cobardía, hicieron ver al ejército realista la necesidad de acudir á la espada para dar peso á su raciocinio. Sin conceder Goyeneche á su ejército el descanso que necesitaba despues de una marcha rápida, en que superando todo género de fatigas habia logrado franquear escabrosas montañas, intransitables gargantas, i horribles precipicios, asomó en la mañana del 13 por la elevada altura de Tres cruces que domina la llanura del valle de Cochabamba. El brigadier Ramirez, que se hallaba á la vanguardia, fue el primero que descendió la cuesta con los batallones del Real de Lima, Paruro, i algunas guerrillas con el apoyo de seis piezas de campaña. El general en gefe mandaba el centro, i el mayor general Tristan dirigia la retaguardia.

Un ejército de 120 hombres cual era el de los insurgentes, los mas de caballería, apoyando su frente en el rio de Amiralla i su retaguardia en elevadas montañas, con partidas mui gruesas destacadas en el pueblo de Sipesipe, habria arretrado á cualesquiera otra clase de tropas que no se hubieran ya acostumbrado á medir sus esfuerzos por la vara de los tro-

piezos. Eran ya las tres i cuarto de la tarde cuando el general en gefe pudo reunirse con Ramirez. La aspereza del descenso de aquella montaña no habia permitido que llegase todavía la retaguardia ni la caballería; pero ansioso el gefe realista por ceñir su frente de nuevos laureles, determinó dar un ataque brusco á la bayoneta para apoderarse del pueblo de Sipesipe, en cuyas avenidas se habia roto ya un vivo fuego de artillería. El enemigo no pudo resistir la violencia de esta carga, i quedó forzada su primera línea. Replegado á otra posición mas dominante, á vanguardia de su ejército, fue atacado este punto con igual teson, i forzado con la misma felicidad, á pesar de sus bien dirigidos fuegos de artillería que fueron contestados con viveza por las baterías de los realistas.

Recurriendo entonces el enemigo á hacer uso de toda su caballería, en la que estribaban sus principales esperanzas, se dividió en dos grandes columnas por derecha é izquierda para cortar por retaguardia al ejército del Rei; pero fueron tan acertadas las maniobras del general Goyeneche, i tan rápidos los despliegues de sus impávidos batallones, que atacadas aquellas tropas con el mayor denuedo por todas partes, se entregaron á una fuga desordenada favorecida por la oscuridad de la noche, á la que debieron su salvacion. Fueron los principales trofeos de esta insigne victoria 8 cañones, un obus, una bandera, 70 prisioneros, i 600 muertos que se hallaron al día siguiente tendidos en el campo.

Ya desde el principio de la accion se habia retirado el insurgente Rivero, que era uno de los gefes que la mandaban: el otro caudillo Diaz Velez se fugó por el camino de Chuquisaca, desengañado con esta nueva derrota de la inutilidad de sus esfuerzos para sostener su moribunda causa. Ciento cincuenta mil pesos que le enviaba la ciudad de Potosí para el pago de sus tropas habian sido sorprendidos en Misque por el actual brigadier don Sebastian Benavente, i añadieron nuevo lustre á aquella jornada.

Precedido Goyeneche por la vocinglera fama de sus ilustres acciones, hizo su entrada solemne en Cochabamba ofre-

ciendo un perdon general aun á los mismos corifeos de la revolucion; i para dar una prueba luminosa de la nobleza de sus sentimientos i de la sinceridad de sus promesas, confirió el mando de un cuerpo de caballería al mismo caudillo Rive-ro, causante de aquellos desórdenes; proveyó los empleos en hijos del pais; puso en libertad á todos los prisioneros de la batalla, i tuvo la esplendidez de arrojar dos mil duros desde los balcones de su residencia en señal de la feliz reconciliacion de los partidos, llevando asimismo el doble objeto de ganarse el amor i confianza de aquellos habitantes con estos actos de popularidad.

Luego que dicho gefe hubo organizado la provincia de Cochabamba, dispuso que los coroneles Astete i Lombera saliesen con sus dos divisiones á contener los partidos de la espalda i abrir las comunicaciones con la Paz. El esforzado Benavente, padre del ya citado, se habia adelantado desde el Desaguadero en auxilio de la mencionada ciudad, i su aproximacion habia sido anunciada por sus mismos triunfos conseguidos sobre una partida de insurgentes que se habia apoderado de 500 mulas del ejército realista, las que rescató con muerte de algunos de sus conductores. Continuaba dicho Benavente sus incursiones sobre el enemigo, i mientras que en el campo de éstos se celebraba con algazara el sacrificio de alguna víctima española, cuyas palpitantes entrañas recreaban la vista de aquellos feroces caribes, iba causando diarios descalabros en sus informes masas, llegando á tal grado su varonil esfuerzo, que en una sola batalla que dió á esta desordenada muchedumbre mató é hirió mas de 1000 hombres. Al favor de estas ventajas habia podido penetrar hasta la misma ciudad de la Paz, é introducir algunos víveres de que empezaba á escasear; pero no siendo sus fuerzas suficientes para desalojar á los enemigos de las respetables posiciones que ocupaban, se situó en un alto en el camino real de Lima, esperando nuevos refuerzos para dar el último golpe de desconcierto á las esperanzas de los malvados.

Habiéndosele reunido en este punto los 20 hombres del

ejército de Goyeneche, se pusieron sus gefes de acuerdo con Benavente i Tristán para dar un ataque general á los indios, que á su llegada se habian situado al otro lado de la ciudad en el cerro de Pampajasi. Aquellas posiciones tenidas por impenetrables á causa de la escabrosidad del terreno i de la estrechura de las sendas que conducen á su cima, fueron forzadas con la mayor facilidad; i libre ya desde este momento la ciudad de la Paz, tomaron los gefes realistas diferentes direcciones para esterminar á un tiempo todas las partidas de los insurgentes. Lombera salió para los Yungas i valles de Caracato é Incuisivi; Benavente para Omasuyos i Larecaja, i Astete para Pacages i Sicasica, contribuyendo al mismo tiempo á restablecer la pública tranquilidad los caudillos Pumacagua i Choquehuanca, que ya á fines de octubre se habian situado á esta parte del Desaguadero con sus partidas de indios animados del mejor espíritu por la causa del Rei.

Aunque se hicieron varias prisiones en La Paz, i se impusieron algunos ejemplares castigos sobre aquellos indios i mestizos que habian cometido mayores excesos, habian quedado impunes sin embargo muchos de los revoltosos á causa de lo complicado de las circunstancias que no permitian desplegar todo aquel carácter de dureza que se requeria para esterminar una revolucion tan sangrienta en que se veia envuelta una gran parte de la provincia. Así es que La Paz conservó siempre encubierto en sus cenizas el fuego de la rebeldía; i aunque cediendo á su forzada posicion, concurrían todos los partidos con donativos i préstamos para sostener el ejército del Rei, vacilaba la opinion, i se inclinaba mas bien á la causa de los insurgentes, habiendo quedado todavía en el partido de Larecaja i en algunos valles del de Sicasica i Ayopaya grupos de despechados que servian de apoyo á los descontentos, i agitaban sordamente el pais.

No era menos apurada la situacion de los insurgentes en las demas provincias. Apenas se divulgó la noticia de la victoria del ejército real en Sipesipe, tomaron sus gefes las mas reservadas medidas para evacuar á Chuquisaca i Potosí. La pri-

mera de estas ciudades, que con tanta altanería habia respondido á las anteriores intimaciones del general en jefe, mudó de language é imploró su proteccion, luego que supo su marcha ácia aquel punto.

Potosí sufrió los mayores quebrantos, causados por las tropas de Buenos-Aires en su retirada. Habia llegado á esta villa Pueirredon con 200 hombres que habia sacado de Chuquisaca, apenas supo la batalla de Sipesipe. Era su ánimo apoderarse de todos los fondos de aquellas cajas antes de abandonar el pueblo á las tropas realistas, de cuya aproximacion no se dudaba. Para que no se estrañase aquella dilapidacion, hizo circular noticias fraguadas á su antojo, pintando el estado de las armas de los rebeldes bajo un aspecto que daba las mayores garantias, de que mui pronto volverian á tomar la ofensiva, i á posesionarse de las posiciones que habian debido abandonar momentáneamente. Luego que hubo reunido un número considerable de acémilas, cargó en ellas toda la plata i oro que pudo, i que ascendió á 6000 pesos, dejando todavía 3000 por falta de medios de trasporte; i dando á entender al pueblo, que otros fondos se invertirian en levantar nuevas tropas con las que volveria mui pronto á reconquistar aquellas provincias, emprendió precipitadamente su marcha dejando á los potosinos en la mayor indecision i abatimiento. El comandante mulato Nogales, natural de la misma villa, que guarnecia el punto de Yocalla, distante once leguas, llegó al dia siguiente 26 de agosto á dar parte á sus paisanos de la derrota que habian sufrido las armas de la patria en Sipesipe. Agitado el populacho con esta noticia, se puso en marcha contra Pueirredon, quien se hallaba ya fuera del alcance de sus tiros, á favor de la diligencia i actividad que empleó en su retirada.

Viéndose los potosinos tan miserablemente burlados por los buenos-airesños, enviaron diputados al general en jefe realista sometiéndose cordial i sinceramente á su autoridad. Dicho jefe hizo su entrada en aquella villa á mediados de setiembre derramando sobre sus habitantes los mas generosos

dones de dulzura i bondad. Ya á este tiempo habian franqueado todos los gefes de Buenos-Aires la línea que divide el Alto Perú de aquel vireinato; i con igual felicidad habian salvado los despojos i rapiñas de los pueblos, á los que habian venido á defender. Tal vez habria sido mui diferente su suerte si un vecino de Chichas, á quien se dirigió el general Goyeneche despues de la batalla de Huaqui, dándole parte de aquella ilustre jornada, i de las medidas que convendria adoptar para completar su triunfo, no hubiera comprometido con su imprudente, aunque leal conducta, la autoridad del subdelegado de aquel partido, que estaba proyectando diestramente un alzamiento, que deberia reventar cuando los desprevenidos caudillos fuesen á cruzar por aquel punto en su retirada á las provincias de abajo.

Dueño ya Goyeneche de aquellos paises, situó una de sus divisiones en Tupiza, i cuando se trataba de reforzarla para que continuase sus marchas contra Jujui i Salta, á donde se habian replegado los prófugos con el fin de reunir sus fuerzas dispersas, i organizar un nuevo ejército, se recibió la noticia de una conspiracion formada en los valles de Clipsa i Tarata de la provincia de Cochabamba; á cuyo punto como el mas peligroso fue preciso dirigir la principal atencion. Apenas habia transcurrido dos meses desde que la inquieta ciudad de Cochabamba habia pronunciado solemnes juramentos de fidelidad al Monarca español, cuando la interceptacion de las correspondencias, i las tropelías i vejaciones contra el descuidado pasajero, anunciaron la mala fé de aquellos pueblos, los que quitándose la máscara del disimulo, procedieron á restablecer el gobierno revolucionario, apoderándose de las armas i de la corta guarnicion que habia quedado.

Para dar mayor impulso á la insurreccion, los directores de ella estendieron su maléfico influjo por las provincias comarcanas, i en particular por las de La Paz, Oruro, i partido de Chayanta. A mediados de noviembre se presentaron los insurgentes delante de la villa de Oruro con cuatro ó cinco mil hombres, entre los que se contaban 250 fusileros, estando

montados los demas i provistos de lanzas, sables i de cuantas armas pudieron haber á las manos. Su corta guarnicion mandada por el coronel don Indalecio Gonzalez de Socasa hubo de reconcentrarse en la plaza, desde cuyo punto rechazó aquellas informes masas, i las obligó á retirarse en el mayor desorden i confusion.

Se hallaba á esta sazón en la Paz el coronel Lombera con 200 caballos i 900 infantes. El arribo al mismo punto del coronel Astete con su division produjo una total desavenencia entre ambos gefes sobre el mando de aquella fuerza; i aunque se declaró oportunamente que correspondia al primero, no se reconciliaron por eso los ánimos con la debida sinceridad, i se resintieron por lo tanto sus operaciones de aquel espíritu de discordia. Luego que se hubo reunido con estos gefes el coronel Benavente, se forjaron nuevos planes para sofocar el fuego de la rebelion. Lombera salió para los valles de la provincia dejando por todas partes señales de los buenos efectos de aquella correría. Benavente se batió con un trozo formidable de insurgentes en las cercanías de la misma ciudad de La Paz; i despues de haberlos derrotado, i de haber pasado algunos por las armas, se dirigió á Huachacachi, cuyo pueblo i partido halló en la mayor sublevacion.

Arrebatado este gefe por su mismo celo, i lleno de irritacion al ver el ningun escarmiento de los rebeldes, quienes á la sombra de la escesiva clemencia del vencedor, maquinaban los planes de infidencia, creyó era llegado el momento de desplegar un carácter de dureza i severidad que dejase impresiones permanentes de la suerte que debia prometerse todo el que despreciando las lecciones dictadas por la dulzura i el exhorto provocase los medios del rigor para ser contenido.

Por mas tercios i obstinados que estuviesen aquellos pueblos, no podemos aprobar el sacrificio de mas de 30 víctimas, ejecutado en distintas ocasiones por este gefe realista, aunque todas ellas mereciesen aquel castigo por su rebeldía i criminalidad. Hubo al mismo tiempo algunos otros comandantes que imitaron aquel rigor en este teatro de sangre, i entre ellos

el teniente coronel don Agustin Huici: sentimos verdaderamente que estos lunares hayan empañado el lustre de tan heroicas campañas (1).

No es la copiosa efusion de sangre la que corta los desórdenes de un pueblo, sino la oportunidad de este violento remedio. Las penas se imponen para escarmiento i nunca por venganza: algunos ejemplares castigos, acompañados con todo el aparato que impone al mismo tiempo respeto i terror, pueden producir resultados mui favorables; pero si al pueblo se le acostumbra á estos repetidos ensayos de horror i muerte, llega á embotarse totalmente su sensibilidad, i á considerar aquel lúgubre acto como un paso de la quietud al descanso, ó como el término de sus padecimientos i trabajos. Así hemos visto en todas las revoluciones, i aun en la francesa, que tan presente podemos tener á la memoria, correr á la muerte personas de todas clases, edades i sexos, riendo, cantando i celebrando como un triunfo su mismo suplicio.

Otro de los inconvenientes que se toca en los planes de derramar mucha sangre para sosegar las conmociones populares, es el compromiso en que quedan infinitas familias, de vengar los manes de sus allegados, deudos i parientes.

A pesar de la energía desplegada por los mencionados gefes, auxiliados por los esfuerzos de Pumacagua i Choquehuanca, que con su fieles indios se habian avanzado ácia Sicastica, no dejaban de hacer por eso frecuentes sorpresas los insurgentes sobre las partidas sueltas, pasajeros i traficantes, á quienes robaban i asesinaban á título de realistas, infundiendo un terror general que ostruia el giro de unas provincias con otras, i destruia su agricultura é industria.

(1) Fue excusable sin embargo el rigor desplegado por el coronel Benavente: habia éste cogido prisioneros en una accion mas de 700 indios, i á todos les habia dado el billete de indulto. Estos ingratos se aparecieron al dia siguiente en medio de las turbas, insultando groseramente á su bienhechor; ¡qué extraño es, pues, que se provocase su enojo con exaltacion!

Esta clase de guerra desordenada i sangrienta era mui fatal á las tropas del Rei: aquellos bandidos no presentaban ninguna batalla campal; pero talaban las haciendas i casas de campo, i hacian que los empleados en ellas se les incorporasen en sus desarregladas filas: cuando se veian hostigados, se retiraban á las elevadas cordilleras, i se colocaban en desfiladeros i quebradas impenetrables. Su conocimiento práctico del terreno era su mejor defensa; i las marchas forzadas i contramarchas que las tropas del Rei tenian que hacer para alcanzarlos causaban mas bajas que sus mismos ataques.

De aqui provenia el aburrimiento del soldado i la desercion, cuyo mal era difícil corregir por el apoyo que para ello prestaban los indios i cholos de los pueblos, i porque de querer castigar con todo rigor aquel delito, se habria aumentado el descontento i el número de los enemigos. Al favor de las citadas ventajas se fomentaban las gavillas de los revoltosos, de las que se iba infestando el pais. A principios de diciembre se dejaron ver delante de Chuquisaca cuatro ó cinco mil insurgentes mandados por el cabecilla Carlos Taboada. El brigadier don Juan Ramirez presidente de aquella Audiencia salió con la tropa de la guarnicion contra dicha chusma, á la que no pudo alcanzar sino subiendo á lo mas empinado de los cerros por fragosos caminos, cortaduras i despeñaderos, en cuyo tránsito sufrió las mayores penalidades; i aunque consiguió derrotarlos matándoles 70 hombres, fue poco decisivo el fruto de esta victoria, si bien tuvo la ventaja de regresar sin lesion á la ciudad, cruzando por el partido de Yamparaes, de cuya fidelidad se tenian justos motivos de desconfianza.

Cuando se creia que Taboada no se hallase en estado de operar despues del golpe que le habia dado Ramirez, se supo que se dirigia á Chuquisaca, i que otra expedicion de cochabambinos tenia en el mayor apuro al coronel Astete, arrinconado en Chayanta, escaso de víveres, falto de vestuario, i sin fondos para pagar su division. De allí á poco se supo tambien el cruel destrozo que los indios habian hecho de una compañía de granaderos que dicho Astete habia enviado á

Oruro para pedir socorros; de la cual, atacada en el cerro de Guamuni, tan solo cuatro ó cinco habian podido sustraerse á la muerte.

En este estado de anarquía se hallaban las provincias que Goyeneche habia dejado á su espalda; i como habia empezado ya la estacion de las llavias, que dura desde el mes de octubre hasta el de abril, fue preciso renunciar por entonces á la reconquista de la capital de Cochabamba, que era el foco de la insurreccion del interior, ciñéndose á conservar con competentes guarniciones las ciudades de Potosí, La Plata, La Paz i la villa de Oruro, en tanto que el grueso del ejército cubria las gargantas del Perú, amenazadas por las tropas de Buenos-Aires, que habian tomado nuevo aliento desde que supieron la insurreccion que se habia manifestado en dichos pueblos del interior.

Para contener la insolencia de los soldados de Buenos-Aires, que mandados por Diaz Velez destruian las poblaciones de Chichas, salió de Tupiza el brigadier don Francisco de Picoaga el 9 de diciembre; i su primera avanzada descubrió el dia 11 la vanguardia del enemigo, entre cuyas tropas hubo una pequeña escaramuza. No era el ánimo de Picoaga estender mucho su línea, sino descubrir el campo enemigo é imponerle algun respeto. Ambas divisiones se acechaban sin que ninguno de sus gefes respectivos se atreviera á venir á las manos. La del Rei apenas contaba 600 hombres, i la de Diaz Velez tenia desde el principio unos mil que sucesivamente se fue engrosando hasta 1600. Conociendo el caudillo insurgente por una triste esperiencia la superioridad de las armas del Rei en arreglo, disciplina, i esfuerzo, confiaba el logro de sus triunfos mas bien á la intriga que al combate.

Viendo sin embargo que su adversario evitaba la batalla, i que la posicion que ocupaba le era poco favorable, sabiendo por otra parte que iba aquel á ser reforzado mui en breve, quiso anticipar una accion que le ofrecia toda la probabilidad de un feliz resultado. Estaba ya acordado que habia de darse el dia 29, cuando noticioso el gefe realista de aquellos planes

burló las esperanzas de los contrarios con sus acertados i oportunos movimientos, tomando una fuerte posicion en el pueblo de Mojo, desde la que desafiaba todas sus bravatas.

Irritado el gefe argentino al ver deshechos sus quiméricos proyectos, determinó arriesgar la batalla á todo trance. Salíó de Bárríos á la una de la mañana, precedido de algunas guerrillas, las que principiaron un fuego de pretendida sorpresa, que fue correspondido con vigor por los prevenidos realistas: estos se pusieron sin embargo en retirada con mui poca pérdida, i al dia siguiente acampó la vanguardia en Suipacha; i el ejército insurgente llegó al pueblo de Nazareno, en donde tomó posicion.

Era el último dia de diciembre cuando ambos campamentos se hallaban el uno en frente del otro con el rio de por medio, que servia de barrera, tan solo penetrable cuando minoraba su caudal, lo que sucedia mui pocas veces en aquella estacion, pues que las continuas lluvias lo engrosaban extraordinariamente.

Dejaremos en este estado los negocios del Perú, i pasaremos á recorrer los demas Estados hasta haber trazado sus principales sucesos ocurridos en este año de 1811.

